

# Conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución Libre de Enseñanza

Nicolás Ortega Cantero\*

## RESUMEN

Viajar es, para la Institución Libre de Enseñanza, un método de educación regeneradora. A través del viaje es posible conocer y sentir directamente la naturaleza y el paisaje, y en ello reside una de las claves fundamentales de la educación integral pretendida por el ideario institucionista. La importancia concedida a la actitud viajera por los hombres de la Institución se relaciona, por un lado, con las propias características del pensamiento institucionista — en el que desempeña un notable papel lo que Posada denominó *krausismo positivo*—, y, por otro, con las propuestas articuladas desde Humboldt por el pensamiento geográfico moderno. Se genera así un entendimiento institucionista de lo geográfico —de la naturaleza y del paisaje— en el que se hermanan idealidad y experiencia, razón y sentimiento. Y un entendimiento en el que las dimensiones culturales del contacto directo con la naturaleza y el paisaje cobran una renovada vigencia.

\*Profesor titular de Geografía General y de España en la Universidad Complutense de Madrid.

El conocimiento geográfico ocupa un lugar destacado en los planteamientos culturales, intelectuales y pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza. Ese conocimiento adquiere, por diversas razones, un renovado sentido y un amplio alcance, convirtiéndose en uno de los ejes vertebradores de las complejas propuestas institucionistas. Varios factores contribuyen a justificar y explicar, en este caso, el alto grado de protagonismo conseguido por el conocimiento geográfico. Y entre ellos destaca, sin duda, la estrecha relación que se atribuye al conocimiento de lo geográfico y a la realización del ideario regeneracionista suscrito por la Institución.

Es frecuente en la contemporánea historia europea que después de crisis graves —sociales, políticas o bélicas—, en momentos caracterizados por el surgimiento de idearios de reforma, regeneración, restauración o reconstrucción nacionales, se considere el conocimiento geográfico como una de las claves fundamentales para posibilitar la deseada renovación. Así sucede, por ejemplo, en la Francia posterior a la guerra franco-prusiana. En España, tras la crisis del sexenio revolucionario, se manifiesta una generalizada perspectiva regeneradora y restauradora —«el *ethos* de restauración» al que se ha referido Aranguren— que se desarrolla con particular vigor en la Institución Libre de Enseñanza. Se trata de llevar a cabo «la regeneración positiva y real» de la sociedad insistentemente propuesta por Giner de los Ríos. Y también ahora se afirmará el conocimiento geográfico como ingrediente fundamental para la realización de esos afanes regeneracionistas.

Ocupado desde el primer momento en la articulación de una perspectiva reformista y regeneracionista —es sintomática la creciente preocupación por el «problema de España», por el «problema nacional», por el redescubrimiento de la «identidad nacional»—, el proyecto institucionista no duda en resaltar las virtualidades del conocimiento geográfico para facilitar una verdadera reorganización, de índole interna e internacional, de las diversas funciones del organismo nacional. La geografía aparece así entendida como garantía y soporte del necesario fortalecimiento y de la obligada reorientación de las funciones vitales —científicas, culturales, comerciales o coloniales— de la nación: como garantía y soporte, en suma, del nuevo patriotismo que ahora se promueve.

Es un modo de entendimiento que puede resumirse con las expresivas palabras de Azorín: «la base del patriotismo —afirma— es la geografía. No amaremos nuestro país, no lo amaremos bien, si no lo conocemos». Opinión similar a la sostenida por Rafael Torres Campos, desde las páginas del propio *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, cuando, tras recordar los ejemplos proporcionados en ese sentido por Alemania, Francia e Inglaterra, se refiere a los múltiples y regeneradores beneficios que es razonable esperar de un mejor y más amplio conocimiento geográfico. Negarse a reconocer ese benefactor papel del conocimiento de lo geográfico es, según Torres Campos, condenarse a la decadencia y al progresivo empobrecimiento. Y algo también similar afirma Macías Picavea en las primeras páginas de *El problema nacional*: «El primer elemento de la nación, asiento y raíz de su naturaleza física, es el territorio: por eso la geografía es también la ciencia primera nacional».

El «problema nacional» es en gran medida, mirado desde esa óptica, el «problema geográfico»: no en balde Macías Picavea considera ese problema geográfico «nacional, vital y primario para España». Del más exacto conocimiento y de la consecuente resolución del mismo depende en suma la regeneración —económica y social, desde luego, pero también científica y cultural— de la nación. No resulta extraño, por tanto, que el conocimiento geográfico aparezca como soporte de la trayectoria reformista emprendida por la Institución Libre de Enseñanza: «la Geografía —advierte Torres Campos— no es sólo pintura viva de las diferentes comarcas de la tierra, estudio atractivo, educador, que ensancha las ideas y nos da justa noción de nuestra situación y de nuestro valor en el mundo, investigando las causas físicas, topográficas y etnográficas que influyen en la marcha de la humanidad y en sus progresos; es, además de esto, ciencia que guía la evolución práctica de los pueblos, sirve para resolver problemas sociales, y enseña a sacar partido de los recursos del planeta».

La valoración en clave regeneracionista del conocimiento geográfico se relaciona en la Institución Libre de Enseñanza con la simultánea afirmación del carácter vivo y activo, eminentemente práctico, de ese conocimiento. Saber geografía es ante todo, como advierte Manuel Bartolomé Cossío, «poder hacer geografía»: lo importante no es ya saber «la descripción de la tierra, sino poder describirla». Por ello se considera imprescindible el contacto directo con el objeto de estudio: el conocimiento geográfico sólo merece ese nombre si se construye sobre el estudio directo de lo geográfico. Porque «no basta —como afirma Torres Campos— la Geografía recogida en los libros y en las cartas, es necesario el examen directo de los fenómenos terrestres, ponerse en contacto con la naturaleza, estudiar los accidentes en sí mismos». Para aprender geografía es necesario, según Cossío, proceder «como procede el geógrafo, el verdadero geógrafo, no el que escribe los libros de texto, sino el que recorre el país, lo estudia, lo describe y levanta su carta».

El contacto directo con lo geográfico —con la naturaleza y el paisaje— es así la clave del arco del conocimiento geográfico. Pero es también el fundamento del ambicioso proyecto educativo formulado por la Institución. Porque a través de ese contacto actúa un amplio proceso educador capaz de aunar armónicamente las dimensiones éticas y



*Ricardo Rubio, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío.*

científicas características del regeneracionismo de cuño institucionista. Y por ello, el viaje y la excursión adquieren una importancia decisiva en la perspectiva institucionista: ambos delimitan el momento del contacto directo con la naturaleza y el paisaje, el momento de un conocimiento radical de lo geográfico que abre el horizonte de la progresiva y armónica educación —intelectual y moral— del ser humano. Viajar es así, ante todo, un método de educación regeneradora. Viajar es encontrarse directamente con la realidad radical, es ponerse en contacto con la naturaleza y el paisaje; y ese encuentro y ese contacto configuran el momento privilegiado de la educación integral del ser humano. El sentido regeneracionista atribuido al conocimiento de lo geográfico amplía de ese modo notablemente sus resonancias: no sólo puede proporcionar algunas de las claves necesarias para llevar a cabo la regeneración de la nación, sino que ese conocimiento aparece además situado en el centro mismo del proyecto educativo propuesto por la Institución. Y es precisamente en la actitud viajera donde ese conocimiento y ese proyecto encuentran el más adecuado soporte para su realización.

Lo dicho anteriormente requiere, sin duda, algunas explicaciones complementarias. Es necesario preguntarse ante todo por las razones que llevan a la Institución a relacionar tan estrechamente el conocimiento directo de la naturaleza y el paisaje con la educación integral del ser humano. Y es necesario preguntarse también por las razones que llevan a hacer de la actitud viajera la culminación de una experiencia educativa empeñada en aunar armónicamente el ejercicio de todas las facultades humanas. Las respuestas a estas preguntas obligan a transitar, como veremos, por dos caminos distintos: el del propio pensamiento institucionista, por un lado, y, por otro, el del pensamiento geográfico decimonónico que contribuye a configurar un modo de entendimiento de la naturaleza y del paisaje, una forma de aproximación a lo geográfico que no es difícil relacionar con las pretensiones institucionistas.

## II

Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que, tras la fracasada experiencia del sexenio revolucionario —experiencia que afecta directamente a los más cualificados representantes del krausismo español—,

se produce en Giner de los Ríos y en los institucionistas, como ha advertido López-Morillas, un proceso de «radicalización espiritual» que se traduce en «un retorno a lo fundamental y primario cuando se estima que todo lo demás ha resultado quebradizo o espurio». Esa nueva actitud encuentra precisamente en la naturaleza y en el paisaje las referencias directas —las raíces— para definir un renovado código de valores —intelectuales y éticos— acordes con la pretensión regeneracionista y reformista articulada en la Institución Libre de Enseñanza. La busca —intensificada y agudamente polarizada en el ámbito pedagógico tras la desafortunada experiencia recientemente vivida— de una conciencia nacional regenerada, de un nuevo patriotismo auténtico y vigoroso, de una sensibilidad reformada en todos los órdenes, llevó a considerar el conocimiento de la naturaleza y del paisaje como la clave fundamental de una nueva educación encaminada al logro de renovadas y armónicas actitudes científicas, éticas y estéticas.

Esta perspectiva, impregnada de resonancias éticas, cuenta con una clara apoyatura krausista. Partiendo de la afirmación de que los valores éticos pertenecen al ámbito cognoscible de las cosas, el krausismo considera —y así lo han recordado, respectivamente, López-Morillas y Laporta— que mediante el progreso en el conocimiento del mundo se llega también a conocer el código ético de comportamiento contenido en la propia naturaleza del mundo, como manifestación espacial y temporal de lo divino. El grado de conocimiento del mundo se asocia así a la bondad moral del comportamiento. El bien se relaciona con el conocimiento del mundo: el mal es la falta de conocimiento, la ignorancia, el error. El pedagogismo reformista de la Institución encuentra aquí su justificación: la educación, al hacer progresar el conocimiento del mundo, constituye el único medio válido para conseguir una auténtica reforma del hombre y de la sociedad, para lograr comportamientos dirigidos a la realización del bien moral.

Y nada mejor para lograr ese progresivo y educador conocimiento de las cosas y del mundo que el estudio directo de la naturaleza y el paisaje. Conocer la naturaleza y el paisaje es ante todo conocer el código ético inscrito en ellos como manifestación del orden absoluto. Leer atentamente la naturaleza y el paisaje permite descubrir —aprender— la caracterización de la armonía orgánica del universo al que el hombre y la sociedad pertenecen. El contacto directo con la naturaleza y con el paisaje posibilita en suma una educación armónica e integradora: la formación del hombre —que equivale, como advierte López-Morilla, «a actualizar lo que en él es sólo potencial, o, dicho de otro modo, a humanizarle»— debe apoyarse preferentemente en lo que Giner de los Ríos define como «convivencia con la Naturaleza». Ese contacto directo es al tiempo —añade el propio Giner— beneficioso y educador para el cuerpo y para el espíritu: porque la naturaleza —a través de la cual se infunde la «idea divina» a los hombres— proporciona al ser humano «instrumentos y medios poderosos para su misma edificación interior». La naturaleza y el paisaje se muestran así en su calidad de imágenes y símbolos que propician el conocimiento de la caracterización ética del mundo y el reconocimiento del lugar ético del hombre en el mundo.

La dimensión ética que el institucionismo atribuye al conocimiento de la naturaleza y el paisaje aparece por lo demás imbricada en una

perspectiva que no se desentiende de los contenidos de otra índole. Conocer lo geográfico es conocer la complejidad orgánica de lo real, y ello requiere —para no incurrir en delitos de inoportuna simplificación— poner en juego ópticas, actitudes y sensibilidades diversas y complementarias. La mirada que el viajero institucionista dirige a la naturaleza y al paisaje no debe ser unilateral. Porque el viajero se pone en contacto con una realidad que requiere para ser entendida la convergencia de puntos de vista diversos: la articulación orgánica de lo real se encuentra, ante todo, inscrita en una urdimbre geográfica natural —la naturaleza entendida así como raíz y fundamento del organismo territorial que soporta y condiciona el desenvolvimiento del organismo social—, pero esa trama es indisoluble de los restantes ingredientes que, en relación con ella, configuran la organización de lo real que se plasma conjuntamente en el paisaje. Y si lo mirado es complejo, no menos compleja debe ser la mirada del que intenta conocerlo verdaderamente. Por ello la mirada deberá buscar la conciliación de variados puntos de vista científicos y metacientíficos, conciliación que remite por lo demás —y conviene detenerse un momento en este aspecto— a la peculiar posición filosófica y epistemológica del proyecto institucionista.



*Sala de estar de la Institución Libre de Enseñanza, con la butaca de Francisco Giner de los Ríos, la mesa de trabajo de Manuel Bartolomé Cossío y un cuadro de Aureliano de Beruete.*

Es necesario advertir en este sentido que los años iniciales de la Institución Libre de Enseñanza —fundada en 1876— coinciden, como ha señalado Diego Núñez, con la crisis doctrinal del sistema filosófico krausista y con la progresiva penetración de perspectivas positivistas. La pervivencia del krausismo —doctrinalmente debilitado— en la Institución es así sobre todo la permanencia de una determinada actitud intelectual y vital, la continua presencia de lo que Pierre Jobit definió como «una cierta manera común de sentir y de pensar». A ese sedimento krausista —sobre cuya importancia no hace falta insistir— se suman en la Institución otras perspectivas filosóficas y, en particular, perspectivas positivistas: se produce de esa manera un fenómeno de positivación krausista —al que el propio Giner de los Ríos no fue in-

sensible— que permite hablar, como lo hace Adolfo Posada, de «krausismo positivo». Y el principal empeño de ese krausismo positivo institucionista será precisamente el intento de encontrar fórmulas de conciliación entre los dos términos —krausista uno, positivista el otro— puestos ahora en juego.

Se trata, por tanto, de establecer relaciones armónicas entre el idealismo y el empirismo, entre la especulación y la experiencia; de conseguir, en suma, la conciliación entre los discursos científico y metafísico. La respuesta puede encontrarse, como recuerda el propio Giner, aceptando la posibilidad de que la razón, partiendo de los datos de la experiencia científica, elabore ideas generales y hasta una concepción fundamental y trascendental del mundo. Este tipo de solución —que expresa, con palabras de Diego Núñez, la «tendencia del krausopositivismo a elaborar formulaciones sintéticas ultraempíricas, constituidas a modo de metafísica inductiva»— será ampliamente compartido por el pensamiento institucionista. Es la vía que permite conciliar, dejando oír el eco del racionalismo armónico krausista, las perspectivas en litigio: siguiéndola puede «resolverse —en opinión de Salmerón, uno de los institucionistas más proclives al positivismo— la contradicción histórica entre el empirismo y el idealismo, sin desconocer ni anular ninguno de ambos elementos esenciales para la construcción científica». Es, por tanto, el modo de lograr el «armónico consorcio entre la especulación y la experiencia» al que se refirió Alfredo Calderón.

La pretensión sincrética del institucionismo se manifiesta también con claridad en términos estéticos. Si, en general, los años de progresiva implantación de la mentalidad positivista conllevan asimismo la gradual sustitución de la sensibilidad idealista y romántica por otra de signo naturalista, no hay que olvidar que en la Institución Libre de Enseñanza se procura conseguir más bien una actitud estética equilibrada que corrija por igual las exageraciones de uno u otro tipo. Ello permite así configurar, también en este caso, una perspectiva que pretende conciliar la visión objetivadora de la estética naturalista, abiertamente preocupada por la observación de la realidad, con otras ópticas más volcadas hacia el entendimiento ideal y subjetivo —hacia la contemplación— de lo mirado. Objetividad y subjetividad, observación y contemplación procuran de esa manera complementarse armónicamente en una actitud precisamente basada en el hermanamiento de sensibilidades estéticas diferenciadas. También aquí, en el orden estético, es aplicable la pretensión de González de Linares de aunar «la idea y el hecho», «la idealidad y la experiencia».

La vocación sintética de la perspectiva institucionista se manifiesta con igual transparencia, como era de esperar, en el ámbito educativo. Si la óptica estrictamente científica se considera imprescindible y decisiva —y no hace falta insistir en la exigente atención concedida al «rigor científico» en la Institución—, ello no quiere decir que esa óptica sea suficiente en sí misma para garantizar la educación integral que se pretende. La crítica gineriana al estrecho intelectualismo derivado del positivismo más inflexible —el definido por Giner como «positivismo dogmático»— es suficientemente elocuente en este sentido: frente a esa deformación intelectualista, es necesario, según Giner, introducir «lo absoluto en el conocimiento», los «principios universales y estables», hay que dar cabida también —ascendiendo así otro escalón en la pro-



puesta de movilizar todas las facultades humanas en el proceso educativo— a «lo racional y suprasensible, única base para enseñar a los hombres principios de conocimiento y de conducta».

Todo esto tiene que ver directamente, claro está, con el conocimiento de la naturaleza y el paisaje pretendido por la Institución, y asimismo con la actitud viajera que posibilita ese conocimiento. La posición filosófica y estéticamente conciliadora del krausismo positivo demanda en quien se enfrenta directamente a la naturaleza y al paisaje una actitud igualmente conciliadora e integradora de puntos de vista que al articularse y complementarse darán cumplida cuenta de la envergadura —científica, ética y estética— de lo mirado. El «sentido educador de los viajes escolares» se resume, según Torres Campos, en la realización de «un verdadero aprendizaje de viajero y hombre de ciencia». El viajero institucionista debe aunar armónicamente ópticas científicas, éticas y estéticas. Debe hacer que converjan equilibradamente la razón y el sentimiento. Debe ejercitar simultáneamente perspectivas apoyadas en la aproximación naturalista y en el entendimiento ideal. Si, como afirma Manuel de Terán, «el hombre no sólo ve, sino que mira la naturaleza», del viajero institucionista se exige —y la exigencia no es, desde luego, sencilla— una actitud capaz de sintetizar armónicamente todos los registros comprendidos entre la visión observadora y la mirada contemplativa.



*Casita de la Institución Libre de Enseñanza en Navacerrada.*

### III

La actitud institucionista ante la naturaleza y el paisaje manifiesta por otra parte —y con ello nos adentramos en el segundo de los caminos antes aludidos— indudables relaciones con las propuestas formuladas a lo largo del siglo XIX por el pensamiento geográfico. Y en este sentido, hay que referirse, en primer lugar, a Alexander von Humboldt. Eminente geógrafo y consumado viajero, Humboldt propone una ambiciosa y sugerente concepción científica del conocimiento geográ-

fico que conlleva una nueva actitud y una renovada sensibilidad ante la naturaleza y el paisaje. Dos de sus obras fundamentales —y las más acabadamente expresivas además del entendimiento humboldtiano de lo natural y paisajístico— fueron traducidas por Bernardo Giner: la versión castellana de *Cosmos* aparece en 1874-75, y la de *Cuadros de la Naturaleza* en 1876. Y el propio Francisco Giner alude expresamente a Humboldt en su ensayo precisamente dedicado al «Paisaje», verdadero compendio de esa actitud institucionista ante lo natural y paisajístico que venimos comentando.

Sin detenernos ahora en el papel desempeñado por el pensamiento humboldtiano en la configuración científica del conocimiento geográfico moderno, lo que aquí interesa resaltar es la decisiva contribución de Humboldt a la articulación de un nuevo y complejo entendimiento —en términos científicos, pero también en términos éticos y estéticos— de la naturaleza y el paisaje que, además de inaugurar una vía interpretativa que dejará sentir en general su influencia en el panorama intelectual y cultural decimonónico, muestra estrechas conexiones con la propia perspectiva gineriana e institucionista. Conexiones que no hacen sino traducir la adopción por parte del institucionismo de una óptica ante la naturaleza y el paisaje que se inscribe plenamente en las coordenadas prefiguradas por el pensamiento geográfico humboldtiano. Se trata por tanto de la adopción de un mundo de entendimiento —de cuño humboldtiano— de lo natural y paisajístico, de una actitud epistemológica, de una forma de aproximación a la naturaleza y al paisaje que, a la vez que evidencia una sistemática y rigurosa apoyatura científica, es capaz también de aunar armónicamente ingredientes subjetivos y objetivos, idealidad y empirismo, referencias humanistas y naturalistas.

En los planteamientos de Humboldt convergen las perspectivas del racionalismo ilustrado, del romanticismo alemán y del proyecto positivo decimonónico. De la original —y arriesgada— conciliación de esos puntos de vista surge el entramado de la concepción geográfica humboldtiana. Y esa concepción propone un entendimiento de la naturaleza que se resuelve en términos de unidad y armonía: «La naturaleza —escribe Humboldt en su *Cosmos*—, considerada por medio de la razón, (...) es la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre las cosas creadas (...); es el Todo animado por un soplo de vida». Y el contacto con la naturaleza contribuye decisivamente, igual que en la perspectiva de Giner, a lo que este último denomina la «edificación interior» del hombre, la educación de su espíritu: «El simple contacto del hombre con la naturaleza —advierde Humboldt—, esta influencia del gran ambiente, o del aire libre, como dicen otras lenguas con más bella expresión, ejercen un poder tranquilo, endulzan el dolor y calman las pasiones, cuando el alma se siente íntimamente agitada».

La actitud cognoscitiva recomendada por Humboldt respecto de la naturaleza y el paisaje tiene muy en cuenta las dimensiones racionales y sentimentales simultáneamente implicadas, las referencias objetivas y subjetivas puestas a la vez en juego: «He procurado hacer ver en el *Cosmos*, lo mismo que en los *Cuadros de la Naturaleza*, que la exacta y precisa descripción de los fenómenos no es absolutamente inconciliable con la pintura viva y animada de las imponentes escenas de la creación». Por ello el verdadero conocimiento de la naturaleza y el





*Aureliano de Beruete pintando en el campo.*

paisaje —conocimiento apoyado siempre en un contacto directo capaz de fortalecer por igual el carácter y el espíritu— requiere aunar, del mismo modo que lo requiere la perspectiva institucionista, las ideas y los hechos: «aquellos a quienes el prolongado e íntimo contacto con la naturaleza penetró del sentimiento de su grandeza, y que en este saludable comercio fortificaron a la vez su carácter y su espíritu, no pueden afligirse de que cada día sea más y más conocida, y se extienda incesantemente el horizonte de las ideas como el de los hechos».

En contra de lo que ciertas actitudes desdeñosas o pusilánimes respecto de la experiencia científica suponen, el mejor conocimiento empírico de los hechos no dificulta —más bien facilita— el ejercicio «del pensamiento, del sentimiento, de la imaginación creadora». Porque la experiencia científica no puede ocultar «lo que el espíritu humano apercibe como general, constante y eterno, entre las aparentes fluctuaciones de los fenómenos del Universo». El conocimiento científico puede integrarse así, según Humboldt, en una mirada más amplia —exacta, profunda y extensa al tiempo— en la que ideas y sentimientos se funden para facilitar el acceso a un acercamiento también gozoso a la naturaleza y al paisaje. «Los más nobles goces que puede procurar el estudio de la naturaleza —afirma Humboldt—, dependen de la exactitud y profundidad de sus concepciones, de la extensión del horizonte que se abarca de una vez». Y «el gran carácter de un paisaje, y de toda escena imponente de la naturaleza, depende de la simultaneidad de ideas y de sentimientos que agitan al observador. El poder de la naturaleza se revela (...) en la conexión de impresiones, en la unidad de emociones y de efectos que se producen en cierto modo de una sola vez».

Si, como vimos, el conocimiento de la naturaleza y el paisaje ocupa un lugar central en el proyecto regeneracionista suscrito por la Institución, la compleja articulación de ese conocimiento pudo apoyarse en unas concepciones humboldtianas que no hacían sino avalar un modo de aproximación a lo geográfico que justificaba coherentemente la ne-

cesidad de aunar de forma armónica las actitudes científicas, éticas y estéticas. De la misma forma que avalaba también el fundamental carácter educador —educación interior y educación social— atribuido al conocimiento directo de la naturaleza y el paisaje. Puede así decirse, en suma, que la articulación del regeneracionismo institucionista se apoya en un entendimiento de la naturaleza y el paisaje, en una actitud epistemológica ante lo geográfico que se encuentran en buena medida inscritas en la sugerente y omnicompreensiva —y asimismo influyente— perspectiva inicialmente propuesta por Humboldt.

A esa perspectiva de cuño humboldtiano se suman gradualmente en la Institución Libre de Enseñanza otras aportaciones posteriores del conocimiento geográfico. Esas aportaciones proporcionaban en parte directrices concretas sobre el desarrollo —teórico y metodológico— del campo del conocimiento geográfico o sobre las sucesivas sugerencias incorporadas a su tratamiento didáctico y pedagógico —el propio Torres Campos, geógrafo e institucionista, permanece particularmente atento a esos aspectos—, pero en esas aportaciones se encontraba también en gran medida —y esto es lo que aquí interesa tener en cuenta— la insistente y activa presencia de una concepción de lo geográfico que no hacía sino prolongar y matizar la peculiar y sincrética actitud humboldtiana. De esa forma se afianzaba la pretensión de un entendimiento integrador de la naturaleza y el paisaje que, a la vez que permitía incorporar otras propuestas más especializadas, seguía siendo sustancialmente fiel a las intenciones declaradas en ese sentido por Humboldt y adoptadas desde el principio por el proyecto institucionista. Y en esa línea se sitúa precisamente —con sus propios caracteres distintivos, claro está— la figura singular de Elisée Reclus.

Apoyado en un talante empedernidamente viajero y en un amplio horizonte intelectual y cultural, Reclus dibuja una perspectiva geográfica de gran alcance que no pasó desapercibida ante los ojos institucionistas. Su encendida prosa geográfica visitó las páginas del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y Torres Campos no dudó en valorar su *Nouvelle Géographie Universelle* como «la obra doctrinal más importante de nuestro tiempo». Las propuestas geográficas reclusianas podían, en efecto, sintonizar con el ambiente institucionista: porque Reclus renueva la demanda de un entendimiento de la naturaleza y el paisaje de signo integrador, un entendimiento que también ahora debe aunar la más exigente positividad científica con el ejercicio de las perspectivas éticas y estéticas. Reclus no hace en suma sino insistir —con nuevos bríos y renovadas convicciones— en la necesidad de entender el conocimiento de la naturaleza y el paisaje como un amplio y armónico proceso educador que requiere actitudes abiertas por igual a la observación y a la contemplación.

El estudio directo de lo natural —que, como todo estudio, debe ser a la vez, según Reclus, «ascético y alegre»— es el fundamento del verdadero conocimiento. Es a la naturaleza, entendida al modo reclusiano como unidad armónica de la que el hombre forma parte inseparable, a la que hay que «interrogar, escrutar directamente». Y es en el contacto con lo natural donde la educación del hombre encuentra —y ese encuentro se tiñe ahora de colores rousseauianos— su auténtico lugar. «Porque únicamente al aire libre —advierte Reclus— se entabla conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se apren-

de a observarles, a formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior». Y esa actitud permite por añadidura «combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre». Son, como se ve, sugerencias que convenían sin demasiadas dificultades a las intenciones manifestadas en este mismo sentido por la perspectiva institucionista: «La verdadera escuela —añade Reclus— debe ser la Naturaleza libre, con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiarlas, pero también con sus obstáculos para vencerlos. No se educan hombres animosos y puros en salas estrechas con ventanas enrejadas. Déseles, al contrario, la alegría de bañarse en los lagos y en los torrentes de la montaña, hágaseles pasear por los ventisqueros y los campos de nieve, lléveselos a escalar las elevadas cumbres. (...) El estudio será un placer para ellos y su carácter se formará en la alegría».



*Francisco Giner de los Ríos y otros excursionistas subiendo un atajo en el camino del Guadarrama, en febrero de 1912.*

Todo lo anteriormente comentado puede resultar indicativo, en resumen, de un hecho sin duda importante: que en el pensamiento geográfico decimonónico es posible distinguir una trayectoria continuamente preocupada por articular un entendimiento de la naturaleza y el paisaje que, a la vez que incorpora los criterios del cientifismo positivo, intenta responder a la complejidad atribuida al objeto de estudio mediante una concepción de signo unitario que requiere actitudes epistemológicas metaempíricas e integradoras. Conocer la naturaleza y el paisaje es conocer —a través de procesos de generalización racional— las leyes universales en las que el propio hombre se encuentra inmerso. Y es también conocer el orden ético y estético que esas leyes conllevan. Por ello la aproximación a lo natural y paisajístico demanda —como advierten ejemplarmente Humboldt y Reclus— observar y razonar, ver y mirar, desplegar en suma una actitud que se adentre, empleando palabras del propio Humboldt, en «las profundidades del pensamiento, del sentimiento y de la imaginación creadora». El conocimiento de la naturaleza y el paisaje— conocimiento que sólo a través de la actitud viajera se actualiza debidamente— es así radicalmente educativo: proporciona las claves más auténticas y originales de la educación interior y de la educación social del ser humano.

Se trata por tanto de una óptica omnicomprendiva que requiere el ejercicio de todas las facultades humanas, que necesita conciliar, empleando los términos suscitados por Droysen, la explicación y la comprensión de la naturaleza y el paisaje. Porque es así como pueden

entenderse las verdaderas dimensiones de la conexión existente entre lo natural, lo humano y lo social. Todo ello supone la adopción de un punto de vista geográfico en el que la visión positiva se atempera sensiblemente mediante su sistemática conciliación con perspectivas cognoscitivas de distinta índole. Y ese punto de vista, sin duda favorecido por la propia ubicación intermedia del conocimiento geográfico entre el ámbito de lo natural y el de lo humano —en situación privilegiada por tanto para intentar aunar ópticas naturalistas y humanistas—, enlaza en cierto modo a finales de siglo —sin olvidar, claro está, las evidentes modificaciones que en torno a esos años se producen en el horizonte cognoscitivo geográfico— con las propuestas de signo preferentemente regional o corológico.

El enlace se manifiesta —y eso es lo que interesa tener en cuenta en este momento— en la intención evidenciada por esas perspectivas regionales o corológicas de aunar también referencias empíricas y metaempíricas, en el deseo de conseguir, haciendo jugar su propio papel a la intuición, una comprensión integradora de la naturaleza y el paisaje. Por más que las coordenadas del conocimiento geográfico tiendan en torno al cambio de siglo a modificarse en sentido funcionalista, la pretensión integradora y omnicomprensiva sigue vigente, actuando ahora sobre todo en el marco de la renovada concepción unitaria de la región geográfica. Y esas renovadas perspectivas del conocimiento geográfico serán asimismo tenidas en cuenta —prolongando a su manera la vocación armónicamente integradora de anteriores propuestas— en la Institución Libre de Enseñanza: Torres Campos, atento como siempre al desarrollo del conocimiento geográfico, considerará ciertas obras de Vidal de la Blache —el fundador de la escuela francesa de geografía regional— como «la última palabra de la literatura pedagógica francesa». Desde Humboldt hasta esas últimas aportaciones, se perfila así en el pensamiento geográfico una arraigada trayectoria de entendimiento integrador y omnicomprensivo de lo natural y paisajístico que conecta claramente —proporcionando autorizados argumentos y múltiples sugerencias— con las intenciones declaradas en ese sentido por el regeneracionismo institucionista.

#### IV

Tanto la propia caracterización del pensamiento institucionista como las perspectivas propuestas por el pensamiento geográfico decimonónico ayudan a responder, como hemos visto, las preguntas inicialmente planteadas. Se aclaran así las razones que permitieron a la Institución Libre de Enseñanza relacionar íntimamente el conocimiento directo de la naturaleza y del paisaje con la educación integral del ser humano. Y que la permitieron concebir la actitud viajera como la culminación del proyecto educativo institucionista. La singular simbiosis de objetividad y subjetividad, de observación y contemplación, de razón y sentimiento que demanda la actitud viajera institucionista no se encuentra exenta, como hemos comprobado, de justificadas razones. Es la actitud que se manifiesta transparentemente en las numerosas evocaciones y narraciones viajeras de los hombres de la Institución. Es la

actitud gineriana que permite encontrar «delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gneísicas», que permite advertir que «la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas influye considerablemente en el paisaje», que permite afirmar la relación «de la geología con la estética», que permite recordar que «el magnífico tono frío amoratado» o «los rojos más cálidos, ricos y transparentes» de los materiales gneísicos dependen del grado de hidratación de sus óxidos de hierro.

La actitud gineriana es un consumado ejemplo de la actitud institucionista ante la naturaleza y el paisaje. Actitud que se encuentra también, por ejemplo, en Aureliano de Beruete, pintor estrechamente relacionado con Giner y con el ambiente institucionista: de alguno de sus cuadros ha podido decir María del Carmen Pena que «aproxima tan exageradamente el enfoque del suelo y de las tierras del desmonte, que la composición colorística parece traducir un análisis geológico del terreno traspasado a un lenguaje plástico». Es el hermanamiento entre geología y estética propuesto por Giner. Hermanamiento que no parece demasiado distante por lo demás de las intenciones manifestadas por Carlos de Haes al pintar cuadros como los sintomáticamente denominados «Paisaje del Guadarrama con pico en granito» y «Desfiladero de la Hermida en calizas». La pintura española no permanecía ajena a los nuevos códigos estéticos que el institucionismo ayudó en gran medida a definir: el nuevo código estético apoyado ahora en la pintura del natural tiene mucho que ver con el nuevo código institucionista apoyado en lo que podemos denominar actividad del natural.



*Francisco Giner de los Ríos y un grupo de excursionistas en la sierra madrileña, a la salida de Cercedilla, en mayo de 1913.*

Con mayor o menor fortuna, la actitud conciliadora del viajero institucionista se hace patente en numerosos testimonios. Y en este sentido las páginas del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* resultan muy ilustrativas. Allí se encuentran diversas narraciones viajeras en las que se deja ver ese peculiar talante capaz de compaginar la evocación de los más selectos momentos de exaltación contemplativa con la minuciosa descripción científica o los severos comentarios sobre la carestía y el grado de limpieza de la fonda de turno. Constancio Bernaldo de Quirós, en su narración titulada «En la Cartuja del Paular», ofrece un acabado ejemplo de esa singular actitud institucionista.

Junto a las evocaciones de los beneficios éticos y estéticos proporcionados por el contacto directo con «la vida encantada de la Naturaleza», y junto a diversas precisiones sobre variados asuntos —«el tendero de una tienda enciclopédica» de Navacerrada, «en quien hallamos personificado el tipo de Sansón Carrasco», las ocasiones en que con ímpetu higienista se bañaron en las proximidades del Paular, el generalizado aburrimiento de ciertos espectadores taurinos de Alameda, el recuerdo de «la imagen de una gentil figura femenina, que poco antes nos tenía embelesados»—, junto a todo ello se plantean también continuas reflexiones científicas que lo mismo se dedican a explicar la gelificación —a propósito del descenso por una pedregosa garganta—, que a recordar ciertas hipótesis orogénicas traídas a colación ante la impresión producida por el conjunto montañoso.

Tampoco faltan en la narración de Bernaldo de Quirós las referencias filosóficas, literarias y artísticas. Lo mirado da pie para recordar lo escrito por Nietzsche y Baroja, y la detenida visita a la Cartuja del Paular —«guiados por tan buena guía como el Sr. Menéndez Pidal, que encontramos en la Cartuja»— ofrece buenas posibilidades para adentrarse en el mundo del arte. Desplegando criterios estéticos que no dejan de manifestar en ocasiones ciertos puntos de contacto con los ilustrados —algo de viajero ilustrado tiene el viajero institucionista, y de ese algo forma parte la común aversión al exceso barroco—, Bernaldo de Quirós no duda, por ejemplo, en considerar el tabernáculo de la Iglesia —tan distante, desde luego, del ideal estético institucionista— «producto de un arte epiléptico y megalómano». Y, amalgamadas con todo lo anterior, las claves del entendimiento institucionista de la naturaleza y el paisaje se van revelando a lo largo de la narración. Desde el Puerto de Navacerrada «se divisa la tierra pajiza de Castilla, llana y austera, como el carácter de los que en ella nacen». Tras un descanso en plena naturaleza, «emprendimos la marcha, llena la cabeza de pensamientos sugeridos por la grandeza de aquel espectáculo inefable. Habíamos reabsorbido la Naturaleza y comprendíamos bien que tanto vale ser piedra, nube, águila u hombre». El contacto directo con la naturaleza y el paisaje ejerce su benéfico y educativo influjo, y el regreso del viaje es un regreso gozoso: «Veníamos arropados, silenciosos, pensando que habíamos realizado una hermosa excursión. Dichosos, por habernos sentido sanos y fuertes, por haber estrechado nuestra amistad en cinco días de vida íntima».

## V

La vivencia institucionista de la naturaleza y el paisaje adquiere asimismo inequívocos caracteres culturales. Las notas de misticismo y de religiosidad impregnan, de forma más o menos explícita, la actitud viajera de los hombres de la Institución. Es el momento ideal —el momento metasensorial— de las representaciones libres al que se refiere Giner de los Ríos: «A poco que se reflexione (...) sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino

## RESUME

La Institución Libre de Enseñanza considère le voyage comme une méthode d'éducation régénératrice. Le voyage nous permet de connaître et d'apprécier directement la nature et le paysage et c'est là où se trouve une des clefs fondamentales de l'éducation intégrale, finalité principale de l'idéologie de la Institution. L'importance attribuée par les hommes de la Institution à l'attitude voyageuse est reliée, d'un côté, aux propres caractéristiques de la pensée de la Institution —ou joue un rôle remarquable ce que Posada appelle krausismo positif—, et, de l'autre, aux propositions articulées à partir de Humboldt par la moderne pensée géographique. C'est comme ça qu'il s'entraîne une spécificité d'entente entre la Institution et la géographie —avec la nature et le paysage— dans laquelle s'assortissent idéalité et expérience, raison et sentiment. Et une entente dans laquelle les dimensions culturelles du contact direct avec la nature et le paysage acquièrent une vigueur renouvelée.



que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente, la presión del aura primaveral sobre el rostro, el olor de las plantas y flores, los ruidos del agua, las hojas y los pájaros, el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos, el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera a la sensiblería de una estética afectada y romántica... Todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido».

El «arte de nuestra convivencia con la Naturaleza» produce así goces que traspasan el ámbito de lo sensorial, goces que procuran al viajero, como advierte el propio Giner, «el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza». Y recordando «una puesta de sol, que allá en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la Institución Libre desde cerca de las Guarramillas» —puesta de sol que dejó a los viajeros «sobrecogidos de emoción»—, afirma el mismo Giner: «No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa».

La compleja y omnicomprensiva actitud institucionista de relación con la naturaleza y el paisaje traduce así en cierto modo una singular forma de equilibrio entre proximidad y lejanía. Por un lado, la óptica empírica y científica aproxima la naturaleza: la observación acentúa la proximidad. Pero, por otro, esa aproximación no destruye, en otro orden de cosas, la lejanía: la observación se equilibra con una contemplación ideal de la naturaleza que preserva su modo de ser aurático. La naturaleza conserva así su aura, entendida, al modo de Walter Benjamin, como «la manifestación irreplicable de una lejanía (por cercana que pueda estar)». «Descansar en un atardecer de verano y seguir con la mirada una cordillera en el horizonte o una rama que arroja su sombra sobre el que reposa, eso es —afirma Benjamin— aspirar el aura de esas montañas, de esa rama».

El modo de ser aurático de la naturaleza expresa, en tanto que lejanía inaproximable— la contemplación ideal como tal no puede resolverse mediante aproximaciones empíricas— su valor cultural: la cualidad capital de lo cultural es la lejanía. La contemplación institucionista de la naturaleza y el paisaje reconoce su carácter aurático: de ahí que esa contemplación adquiera dimensiones culturales —adentrándose en el ámbito del misticismo y la religiosidad—, y de ahí también que esa experiencia contemplativa adquiera en los hombres de la Institución rasgos rituales. Existe un rito viajero institucionista. El aprendizaje de la actitud contemplativa viajera propuesta por Giner, el aprendizaje de la dimensión contemplativa inherente al «contacto purificador» con la naturaleza y el paisaje, el aprendizaje del reconocimiento de su cualidad aurática y de su valor cultural es en gran medida un aprendizaje ritual. Y la lectura de los diversos testimonios suscritos por los propios protagonistas de ese aprendizaje es más que indicadora en ese sentido.

## SUMMARY

Travelling is a regenerative education method for the Institución Libre de Enseñanza. The travel makes possible the nature and landscape's direct knowledge and feeling and it is here that lies one of the comprehensive education's basic keys that has always been the main purpose of the Institución's ideology. The importance ascribed to the travelling attitude by the Institución's men is connected, on the one hand, with the Institución's thought own characteristics —where that which Posada called *positif krausismo* plays an outstanding role— and, on the other, with the proposals joined together by modern geographical thought from Humboldt onward. In this way the Institución generates her own geographical understanding —of the nature and of the landscape— where ideal and experience, reason and emotion bring into harmony. And a feeling in which the cult's dimensions of the direct meeting with nature and landscape acquire new validity.

## ZUSAMMENFASSUNG

Die Reise ist, für die Institution Libre de Enseñanza, eine Erziehungsmethode der Regeneration. Durch die Reise wird es möglich, direkt mit der Natur und der Landschaft im Kontakt zu kommen, sie zu empfinden, und dies war eines der Schlüsselprinzipien der vom Idearium der Institution gesuchte Integralerziehung. Die Bedeutung, die die Männer der Institution der geistige Haltung gegenüber der Reise beimessen steht in Beziehung, zuerst mit dem eigenen Charakter des Institutionsdenkens —wo das «Positives Krausismus», wie Posada es nante, eine grosse Rolle spielt— und dann mit den Vorschlägen die ab Humboldt vom modernen Geographischesdenkens artikuliert wurden. So entsteht ein Institutionsverständnis der Geographie —der Natur und der Landschaft— wo sich Idealität und Erlebnis, Vernunft und Empfindung zusammentreffen. Ein Verständnis wo die Kultische Dimensionen eines direkten Kontaktes mit der Natur und mit der Landschaft eine neue Bedeutung finden.

Todo ello es posible —y aquí se advierte la distancia entre el momento institucionista y el momento presente— porque el proyecto institucionista se inscribe todavía en unas coordenadas culturales en las que, volviendo a emplear la terminología de Benjamin, no se ha producido la sustitución del valor cultural por el valor exhibitivo de la naturaleza y el paisaje. Con la generalización del entendimiento de la naturaleza y el paisaje como espectáculos —generalización en gran parte vinculada a la vertiente consumista y turística de cierta cultura de masas—, el valor cultural tiende a desaparecer y ser sustituido por el valor exhibitivo. La propia trayectoria de la burguesía —cada vez más atenta, según Benjamin, a conservar «las posiciones, pero ya no el espíritu con el que las había conquistado»— dibuja el alcance de esa modificación. «Para una burguesía degenerada —escribe Benjamín— el recogimiento se convirtió en una escuela de conducta asocial, y a él se le enfrenta ahora la distracción como una variedad de comportamiento social».

La perspectiva institucionista todavía remite a una actitud cultural capaz de reconocer y aceptar el modo de ser aurático y el valor cultural de la naturaleza y el paisaje, y capaz también de ver en el recogimiento —la comunión con la naturaleza, la experiencia extática ante el paisaje, la «impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa» sentida por Giner durante una puesta de sol en tierras castellanas— la forma de conducta necesaria para acceder al «momento ideal de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido». Con la pérdida de esas dimensiones, con la irrupción de una valoración exhibitiva de la naturaleza y el paisaje, con la creciente consideración de lo geográfico como motivo de distracción se quiebra el núcleo vertebrador del ambicioso sentido educador que la Institución Libre de Enseñanza supo imprimir a la experiencia viajera.

## BIBLIOGRAFIA

- Bernaldo de Quirós, Constanancio: «En la Cartuja del Paular», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVI, 1902, pp. 305-312.
- Bernaldo de Quirós, Constanancio: «El descubrimiento del Guadarrama», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLII, 1918, pp. 25-31.
- Bernaldo de Quirós, Constanancio: *La Pedriza del Real de Manzanares*, Madrid, Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, 2ª ed. corregida y aumentada, 1923.
- En el centenario de la Institución de Enseñanza*, Madrid, Editorial Tecnos, 1977.
- Giner de los Ríos, Francisco: *Ensayos*. Selección, edición y prólogo de Juan López-Morillas, Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- Giner de los Ríos, Francisco: «Paisaje», en Giner de los Ríos, Francisco: *Ensayos y cartas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 39-46.
- Humboldt, Alexander von: *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Traducción de Bernardo Giner y José de Fuentes, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, 4 tomos, 1874-75.
- Humboldt, Alexander von: *Cuadros de la Naturaleza*. Traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería Gaspar, Editores, 1876.
- Martínez de Pisón, Eduardo: «Un texto geográfico. En la montaña, de Azorín», en *El comentario de textos*, Madrid, Editorial Castalia, 1973, pp. 416-431.
- Pena, María del Carmen: *Pintura de paisaje e ideología. La generación del 98*, Madrid, Taurus Ediciones, 1982.
- Reclus, Elisée: *La Geografía al servicio de la vida (Antología)*. Edición del Colectivo de Geógrafos, Barcelona, Editorial 7 1/2, 1980.
- Torres Campos, Rafael: «La enseñanza superior de la Geografía», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI, 1982, pp. 321-324.